

Día de Difuntos

DESDE las altas torres
 Tristes los bronces su gemido exhalan,
 Y parecen las voces del misterio,
 Y parecen las lágrimas de un alma.
 Avanzan las compactas muchedumbres
 Silenciosas, humildes, enlutadas,
 Y todas se dirigen hacia el templo
 Para elevar al cielo una plegaria.
 ¡Es el momento augusto en que los vivos
 Rezar quieren por hombres que rezaban!

—

Piedad, Señor, suplica el Sacerdote:
 Y el pueblo repitiendo: Piedad, clama
 Piedad, que fueron tus amados hijos,
 Los hombres que ayer fueron, y hoy son nada.
 No te acuerdes, Señor, de sus pecados,
 Y en perdón se convierta tu venganza.

—

Envuelta entre las nubes del incienso
 Asciende hasta los cielos la plegaria,
 Donde un Angel sus alas desplegando
 Llorando la recibe entre sus alas.
 En el triste y callado cementerio
 Se oyen murmullos de oraciones santas,
 Y el chirriar de los cirios parpadeantes
 Que iluminan las tumbas solitarias.
 ¡Oh que triste es la noche de los muertos,
 La noche de las Animas...!

—

Y los bronces repiten sus sonidos
 Cual voces que se apagan,
 Y sus ecos al hombre van diciendo:
 Eleva, eleva al cielo tu plegaria.
 ¿Qué importa descansar envuelto en polvo
 Bajo la losa helada,
 Si un día ha de llegar en que esos cuerpos
 Con su presencia animarán las almas?

—

Señor Omnipotente
 Que en los cielos asientas tu morada,
 La petición escucha
 Que en tu presencia el corazón exhala:
 Cuando los ojos a la luz cerrados
 Hayan vertido su postrera lágrima,
 Y nuestros fríos cuerpos
 Acoja esta morada,
 Suban, Señor, hasta tu trono augusto
 Las humildes plegarias
 De los que entonces recen,
 Fiados en tu amor, por nuestras almas.

RUISEÑOR.